

Históricas Digital

“El gran solitario”

p. 149-152

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL GRAN SOLITARIO

¡Qué contraste forma la conducta de Vasconcelos con el noble gesto de don Carlos Pereyra! También es Pereyra político, pero mal político de acción, aunque quijotesco y sublime en sus errores. Veamos cómo luce su gallarda figura de iberoamericanista.

Cuando en 1916, empezó a levantar la temperatura de sus frases, hasta el último grado de ebullición, donde su aliento podía alcanzar, una gran parte de Hispanoamérica con Rufino Blanco Fombona a la cabeza, lo aplaudía.

No podía retroceder, imposible; no había fuerza humana capaz de callar aquella voz, su pluma no dejaría de hacer frases condenatorias contra el imperialismo estadounidense; sólo la muerte sería capaz de vencer a aquel gigante.

Y como la perspectiva internacional era patética, y Wilson continuaba los atropellos a los países de habla castellana, no podía así, concebir amistad entre los Estados Unidos y la América Española.

Cuando el panorama político entró en una fase de menores tormentas; cuando en el cielo un tanto despejado, apareció el arco iris que se llamó Franklin Delano Roosevelt, Pereyra no alteró en lo más mínimo su credo político.

Viendo que los Estados Unidos seguían teniendo en sus manos los hilos de la política hispanoamericana, que la plutocracia yanqui seguía dirigiendo el gobierno angloamericano,



HISPANISMO E IBEROAMERICANISMO

no podía concebir que la gran República tendiera una mano generosa. Darío en esos momentos hubiese vuelto a pronunciar su noble canto en que expresa:

*. . . “Ya lucharon bastante los antiguos abuelos
por Patria y Libertad, y un glorioso clarín
clama a través del tiempo, debajo de los cielos,
Washington y Bolívar, Hidalgo y San Martín.
Ved el ejemplo amargo de la Europa deshecha;
ved las trincheras fúnebres, las tierras sanguinosas,
y la Piedad y el Duelo sollozando los dos.
No; no dejéis al odio que dispare su flecha,
llevad a los altares de la paz miel y rosas.
Y pues aquí está el foco de una cultura nueva,
que en sus principios lleve desde el Norte hasta el Sur,
hagamos la unión viva que el nuevo triunfo lleva,
“The Star Spangled Banner”, con el blanco y azul” . . .*

Pero Pereyra, no podía creer en esa paz fraternal; en la sangre de don Carlos bullían las pasiones ancestrales y las fobias raciales, que llevaron a Felipe II a preparar *La Invencible* contra el poder naciente de la Reina Virgen. Ni por un minuto pensó en abandonar sus ideas; la pobreza y el sufrimiento, que más de una vez habíanse enseñoreado de su hogar, fueron incapaces de doblegar su voluntad. ¿Cuánto hubiera pagado el poder imperial anglosajón por callar aquella lengua?

Habría logrado don Carlos una brillante fortuna, si en vez de atacar a los Estados Unidos, hubiese puesto toda su inteligencia al servicio de “la política del buen vecino”. Pero era demasiado orgulloso y rectilíneo, para torcer en lo más mínimo la conducta que creyó era su deber seguir.

No sólo supo superar todas las seducciones que pudieron haberlo hecho transar, sino que rechazaba indignado todo con-



E L G R A N S O L I T A R I O

tacto con aquella gente a quien consideraba poco recomendable.

Pereyra dedicó varias décadas de su vida a la defensa de un ideal, y por haber sido un hombre sincero al defenderlo con toda la fuerza de su talento, merece el más profundo de los respetos que puedan tributarse a un hombre.

Con su iberoamericanidad no pudo ser un caudillo ideológico, como lo fueron en cambio Vasconcelos y Rodó, pero los pudo superar; al primero, porque le aventajó en voluntad y al segundo, porque puso un ideal de auténtico españolismo frente a un delirio de unificación del pensamiento greco-cristiano, que al fin y al cabo era un mal digerido ensueño de Ernesto Renan.

Defendió sin descanso una tesis que llegó a sentir sinceramente, mientras Vasconcelos con indolencia de Sancho vió muchas veces al Quijote “*entrar en fiera y desigual batalla*”. Frente al quijotismo de Carlos Pereyra, todo desprendimiento y desinterés, se alza el sanchopancismo de José Vasconcelos, disueto en la última etapa de su vida, a luchar sólo cuando le da la gana o cuando le ofrecen como premio de su esfuerzo una espléndida ínsula.

Como auténtico señor de la Mancha, don Carlos no acaudillaba ejércitos de prosélitos, iba solitario por los caminos para deshacer agravios, teniendo la convicción de que su obra era noble y buena.

Pereyra no tenía como destino formar sectarios, su obra iberoamericana está escrita para sugerir ideas. El ha de haber pensado que sus frases incendiarias, si no unificaban un sentimiento, por lo menos producían una inquietud. Alentado a veces por algunos amigos, no cesaba en su tarea, con la más intensa fe en el Dios de su raza, el Dios de su causa, el Dios de su Hispanidad.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS